

El Descubrimiento de Finlay

La idea que hacía pública Finlay por primera vez era revolucionaria. A nadie se le había ocurrido sugerir siquiera que una enfermedad pudiera transmitirse de hombre a hombre por medio de un agente intermediario, y mucho menos que la fiebre amarilla se transmitiese solamente por mediación de un mosquito, Finlay hizo pública su teoría por primera vez en una sesión de la Conferencia Sanitaria Internacional, celebrada en Washington el 18 de febrero de 1881. Dos delegados había propuesto que la Conferencia aportara medios para la investigación científica de la fiebre amarilla y Finlay apoyó la moción. He aquí la parte más enjundiosa de sus palabras en aquella memorable ocasión:

“Considero urgente que esta Conferencia adopte una resolución a favor de la investigación científica de la fiebre amarilla . . . Sin entrar en consideraciones técnicas que estarían fuera de lugar, y solamente como ejemplo pleno de interés . . . suplico a mis colegas presentes que recuerden que las medidas sanitarias hoy generalmente recomendadas contra la fiebre amarilla están fundadas en un medio de evitar la enfermedad que está en desacuerdo con un número considerable de hechos observados. De un lado tenemos los partidarios de la teoría del contagio y de otro los que se oponen a ella, cada uno tratando de restar importancia a los casos presentados por el partido opuesto . . . Bien, señores, declaro que es imposible mirar con mente imparcial los hechos expuestos, sin llegar a la conclusión de que muchas de las pruebas citadas a favor de estas opiniones aparentemente contradictorias, tienen que ser aceptadas como auténticas, conclusión que lógicamente nos lleva a admitir la intervención de un tercer factor para explicar estas dos series de hechos. Mi opinión actual es que son necesarias tres condiciones para que se propague la fiebre amarilla:

UNA: la presencia de un caso previo de fiebre amarilla dentro de límites de tiempo razonables a partir del momento que tenemos ahora en consideración.

DOS: la existencia de una persona apta para contraer la enfermedad.

TRES: la presencia de agente independiente por completo, para su existencia, tanto de la enfermedad como del paciente, pero necesario para que la enfermedad se transmita del enfermo al sano.

Se objetará que esto es meramente una hipótesis, y ciertamente, sólo como tal la doy. Pero que es plausible, y tiene por lo menos el mérito de explicar ciertos hechos que hasta ahora las demás teorías no han logrado explicar. No pido nada más, ya que mi único objeto es demostrar que si se realizaran mi hipótesis u otra análoga, todas las medidas ahora empleadas para combatir la enfermedad se volverían ineficaces, ya que el esfuerzo principal debió dirigirse contra la tercera condición, tratando de destruir el vector, o intentando desviarlo de la ruta que sigue al transmitir la enfermedad.

Vean pues, señores, cuán importante es que esta cuestión se estudie a fondo si no queremos errar al dictar medidas especiales contra la propagación del mal”.

Seis meses después, el 14 de agosto de 1881, Finlay leyó un trabajo ante la Academia de Ciencias de La Habana, en que desarrolló su teoría de que la fiebre amarilla se comunica de persona a persona por medio de un mosquito, y no se limitó a hacer esta atrevida manifestación, sino que identificó como único transmisor del virus a un mosquito que llamó *Culex*, conocido después como *Stegomyia fasciata*. Finlay llegó a esta conclusión tras meses de experimentos y de pacientes observaciones. Los nuevos hechos sobre los hábitos de la *Stegomyia* que él descubriera fueron más tarde confirmados por naturalistas posteriores. En el histórico trabajo mencionado, Finlay decía:

“En este trabajo no me ocuparé de la naturaleza mortifica de la fiebre amarilla, aparte de postular la existencia de una substancia material transportable, que puede ser un virus amorfo, un germen vegetal o animal, una bacteria, etc., pero que de cualquier modo constituye algo tangible que requiere ser transportado del enfermo al sano para propagarse la enfermedad. Lo que quiero considerar es el medio a través del cual la causa morbígena de la fiebre amarilla puede separarse del cuerpo del enfermo e implantarse en un ser saludable. La necesidad de la intervención extrínseca ajena a la enfermedad en sí para que ésta pueda transmitirse, se hace aparente mediante numerosas condiciones, algunas de ellas ya señaladas por Humboldt y Benjamín Rush desde los albores del siglo, y ahora corroboradas por observaciones recientes. La fiebre amarilla algunas veces surca el océano para propagarse en puertos lejanos de condiciones climáticas y topográficas muy diferentes a las del foco de origen, mientras otras veces la enfermedad parece impotente de propagarse fuera de una zona muy limitada, aunque las características meteorológicas y topográficas de las zonas vecinas no parecen ser muy diferentes. Una vez que se reconozca la necesidad de un agente vector como el único medio de explicar estas anomalías, es evidente que las condiciones reconocidas como esenciales para la transmisión de la noxa, solamente pueden actuar a través de su acción sobre este vector. Por lo tanto, es poco probable que este agente se encuentre entre los microscópicos, poco afectados por las variaciones meteorológicas que

se conocen que influyen en el desarrollo de la fiebre amarilla. Para llenar esta condición fue necesario buscar entre los insectos. Por otra parte, el hecho de que la fiebre amarilla se caracterice clínica e histológicamente por lesiones de los vasos sanguíneos y alteraciones físico-químicas de la sangre, sugieren que el insecto que transmita la substancia infecciosa del enfermo al sano, debe buscarse entre aquellos que entierran su aguijón en los capilares para chupar sangre humana. Finalmente, por razones que no es necesario explicar aquí, llegué a pensar que fuera el mosquito el transmisor de la fiebre amarilla".

El Dr. Finlay describió entonces la historia natural de los diferentes tipos de mosquitos de La Habana, y explicó las razones por las cuales fijaba en el Culex la responsabilidad 'de ser el único transmisor de la fiebre amarilla.

Siguieron 19 años de estudios por parte de Finlay, casi sin ayuda de otros científicos. Su teoría fue casi universalmente escarnecida como visionaria. Sir Patrick Manson descubrió la transmisión indirecta de la filaria por el mosquito poco después del descubrimiento de Finlay, pero la publicación de esta evidencia adicional de que las enfermedades pueden comunicarse por insectos no impresionó ni a científicos ni a profanos.

En lugar de experimentar de acuerdo con las ideas de Finlay, la investigación en los Estados Unidos se concentró principalmente en hallar el virus o bacilo específico de la fiebre amarilla. Las investigaciones que posteriormente practicó el propio Finlay confirmaron su teoría de que el mosquito era el transmisor de la enfermedad. Cautelosamente inoculó a individuos no inmunes por medio de mosquitos infectados y logró casos subagudos de fiebre amarilla, pero sus estudios le habían hecho ver que en ciertas circunstancias podrían sobrevenir resultados fatales, y rehusó arriesgar la vida de las personas que se sometían a sus pruebas. Por eso se dijo que sus experimentos habían sido baldíos.